



## HOMILÍA: Misa de Vigilia por la Paz

Cardenal Robert McElroy, Arzobispo de Washington

Catedral de San Mateo Apóstol, Washington, D.C.

Sábado, 11 de abril de 2026, a las 5:30 p. m.

En las apariciones del Señor Resucitado a los Apóstoles en la lectura de hoy del Evangelio de Juan, las primeras palabras de Jesús son siempre: “La paz esté con ustedes”. Porque la paz es el fruto y don último de la Resurrección: una convicción interior de que Cristo ha vencido a la muerte de una vez y para siempre.

La paz de la Resurrección comprende que hemos sido colocados en esta Tierra con una misión y un propósito que nos llaman a ennoblecer el mundo y a prepararnos para el Reino de Dios. La paz de la Resurrección nos asegura que todos aquellos a quienes hemos amado profundamente en esta vida y que nos han precedido en la muerte no se han ido para siempre, sino que los veremos de nuevo cara a cara, y veremos, conoceremos y amaremos en ellos todo lo que vimos, conocimos y amamos en esta vida.

La paz de la Resurrección nos revela que ya somos ciudadanos del cielo.

Es en la paz de la Resurrección donde encontramos la única brújula verdaderamente esencial que necesitamos para nuestras vidas en esta Tierra. Es un don puro.

Pero también es una responsabilidad. Porque, como discípulos del Señor Jesucristo, estamos llamados profundamente a ser constructores de paz en el mundo en el que vivimos.

Estamos llamados, en primer lugar, a ser edificadores de paz dentro de nuestros propios corazones y almas, negándonos a ceder a los impulsos de la ira, el juicio y el egoísmo que tan fácilmente pueden deformar nuestras vidas y apagar la luz de la Resurrección.

Estamos llamados a ser constructores de puentes y agentes de reconciliación en nuestra vida familiar, superando las tensiones normales que se han visto agravadas por el aislamiento social y la asfixia tecnológica que se han multiplicado en la época en que vivimos.

Estamos llamados a ser constructores de paz dentro de esta nación que amamos tan profundamente, negándonos a permitir que el cáncer de la polarización devore los sueños más nobles de nuestros fundadores, precisamente en este año en el que celebramos nuestro 250.º aniversario como país.

Finalmente, debemos ser constructores de paz entre las naciones, rechazando el camino de la guerra que nos seduce hacia el fin de las civilizaciones y la búsqueda de la dominación, en lugar de la verdadera paz.

Es esta última responsabilidad la que pesa con mayor fuerza sobre nosotros esta noche. Pues nos encontramos en medio de una guerra inhumana. Entramos en esta guerra no por necesidad, sino por elección. No buscamos con empeño el camino de la negociación hasta sus últimas consecuencias antes de recurrir a la guerra. No tuvimos una intención clara, sino que fuimos saltando de la rendición incondicional al cambio de régimen, de la degradación de las armas convencionales a la eliminación de materiales nucleares. Y nos cegamos ante la cascada de destrucción global que se derivaría de nuestros ataques: la expansión de la guerra mucho más allá de Irán, la perturbación de la economía mundial y la pérdida de vidas humanas. Cada uno de estos fracasos políticos es también un fracaso moral que, según los principios católicos de la guerra justa, hace que tanto el inicio de esta guerra como cualquier continuación de esta sean moralmente ilegítimos.

El Papa León ha dejado totalmente claro que el único camino que permite la enseñanza católica en este momento es el cese permanente de las hostilidades y la adopción de medidas firmes para construir las condiciones de una paz duradera.

Esta noche nos reunimos en oración. Oramos para que el alto el fuego se mantenga y para que conduzca a una base sustantiva para el surgimiento de la paz en el Medio Oriente. Somos conscientes del carácter bárbaro del régimen iraní y de la enorme destrucción que los bombardeos de Estados Unidos e Israel han provocado en Irán. Por eso oramos con mayor insistencia. Imploramos desesperadamente a nuestro Dios, el Príncipe de la Paz, que abra la mente y el corazón de todos aquellos que ocupan posiciones de poder para que miren más allá de sus propios intereses y contemplen en toda su amplitud el bienestar de todos los que están atrapados en este conflicto amargo e innecesario.

Y cuando salgamos de esta iglesia esta noche, debemos ir más allá de la oración. Como ciudadanos y creyentes en esta democracia que tanto apreciamos, debemos abogar por la paz ante nuestros representantes y líderes. No basta con decir que hemosorado. También debemos actuar. Porque es muy posible que las negociaciones fracasen debido a la intransigencia de ambas partes y que el presidente decida volver a entrar en esta guerra inmoral. En ese momento crítico, como discípulos de Jesucristo llamados a ser constructores de paz en el mundo, debemos responder de manera clara y unida: No. No en nuestro nombre. No en este momento. No con nuestro país.



Arquidiócesis  
Católica Romana *de* Washington